

AKEMI



06:43 p.m..

Akemi sale de la oficina agotada. Me escribe diciendo que tuvo un día pesado, de esos donde todo sale mal y hasta el aire estorba. Luego pregunta si todavía tengo aquella botella de vino que tanto le gusta. Le digo que sí. Ella responde que la ponga en la nevera... que va para mi casa.

Una hora después tocan la puerta. Cuando abro, ahí está. Lleva una falda elegante, conservadora... pero imposible de ignorar. Medias pantis negras, tacones bajos y esa forma de caminar tranquila que hace que todo parezca más lento. Su perfume entra primero que ella.

Se deja caer en el sofá y suspira profundo. Me dice que necesita olvidarse del trabajo aunque sea por una noche. Sirvo dos copas de vino mientras ella se acomoda el cabello detrás de la oreja y comienza a hablarme de reuniones, llamadas y problemas que claramente ya no quiere seguir pensando.

La conversación fluye fácil. Afuera la ciudad sigue haciendo ruido, pero dentro del apartamento todo se siente más lento. El vino ayuda. También su mirada. Hay algo en la forma en que cruza las piernas y juega con la copa que vuelve el ambiente peligrosamente cómodo.

Después de un rato se acerca un poco más y me dice que tiene la espalda destruida del estrés. Sonríe apenas y pregunta si puedo darle un masaje. Asiento. Ella se recoge el cabello y se sienta frente a mí. Mis manos comienzan despacio sobre sus hombros mientras ella cierra los ojos y deja escapar un suspiro lento.

El silencio cambia. Ya no es el mismo de antes. Sus manos descansan sobre mis piernas mientras mi masaje baja lentamente por su espalda. Ella gira apenas el rostro, me mira por encima del hombro y sonríe como si supiera exactamente lo que está comenzando.